





La muerte difícil

el paseo|central, 12



RENÉ CREVEL

La muerte difícil

Prefacio
Salvador Dalí

Traducción, introducción y notas
Julio Monteverde

el paseo, 2019

Título original: *La mort difficile* (1926) [Pauvert, 1974]

Del prefacio: © Salvador Dalí, Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres, 2019.

© de la introducción, traducción y notas: Julio Monteverde, 2019

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2019

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: marzo de 2019

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: Deculturas, s. c. a.

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-948984-7-1

DEPÓSITO LEGAL: SE-485-2019

CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.

Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Prefacio, por Salvador Dalí	9
Introducción, por Julio Monteverde	19
<i>La muerte difícil</i>	
I. Una cosa lleva a la otra	29
II. ¿Ratapeludápolis?	69
III. La cena con Diane	123
IV. La noche, el frío, la libertad, la muerte	165
V. Ayudar de nuevo	193
Apéndice. «Autobiografía»	197



Prefacio

Por SALVADOR DALÍ

René Crevel nos ofrece una nueva pieza de confrontación: la rivalidad entre el clan surrealista hiper-pasivo del automatismo total, y la actitud solitaria pero imperialista de la actividad paranoica-crítica promovida jesuíticamente por Salvador Dalí. Los detalles de la intriga que incrementó de forma astuta y progresiva la autoridad de Breton pueden parecer ociosos si no se entiende que Crevel no excluyó la trivialidad en su posición. La fatalidad social sigue su camino, nada puede salvar a la víctima sin que, mientras tanto, su pérdida sea consumada por un enemigo particular, en este caso el congreso de escritores revolucionarios* de Kharkov. Sin duda René Crevel entendió que el pobre Hitler debía entrar a formar parte de los héroes de lo irracional, pero el odio de Breton hacia Hitler no tuvo otro contrapunto que su indulgencia suprema y superficial por los canibalismos inminentes de la historia.

* «Segundo congreso internacional de escritores revolucionarios», 1930.

Lo que está en juego, sobre todo, es el «aburrimiento del día en el campo», el encadenamiento de circunstancias que terminan por constituir la máquina infernal de la guerra que se acerca. Visto así, el más mínimo detalle tiene su importancia, es un engranaje más, una pieza del puzle que introduce el tema de la fatalidad. «Si Dios no existía...». ¿Acaso Dios es la única forma de escapar a ese destino ineluctable del que cada persona es completamente irresponsable y que golpea a ciegas?

Crevel no es ni un místico ni un ateo en el sentido del *Clavecín de Diderot*, ya que, antes que nada, insiste en el poder revolucionario de la poesía y los efectos sublimes que en ella puede provocar la fe; esa fe en el hombre integral, en una especie de anarquía aristocrática como la del príncipe Bakunin o la del «príncipe» Rasputín, y que se acomoda de manera teatral en la pintura de Tintoretto.

Sin duda su dedicación al surrealismo le exigió grandes esfuerzos emocionales. René Crevel prodigó sus fuerzas, y la naturaleza de su genio le llevó, junto a la gravedad de su estado de salud, a la dulce y simple resolución que acabó tomando: el suicidio. ¡René! Parecía abandonar con disgusto las vistas que se le ofrecían a cada paso en el camino hacia la puerta del conocimiento, y con frecuencia regresaba sobre sus pasos para contemplar la luz del crepúsculo y la de la luna allí confundidas. Saboreaba los poemas de la noche con un sentimiento triste y dulce. Quizá intentaba fatigar su corazón en esas contemplaciones tiernas, del mismo modo que cansaba su cabeza y su espíritu sin descanso en trabajos intelectuales, para ir a renecrevelizar.

Para empezar por el principio, es necesario contar brevemente la historia de la A.E.A.R., es decir, la *Asocia-*

Introducción

«...esta síntesis que es mi vida...»
René Crevel o el anti-Edipo

Por JULIO MONTEVERDE

Definir a Crevel como «escritor» o «novelista» siempre ha sido una limitación que no ayuda a entender su vida ni su obra. Ser una sola cosa no es lo propio de los desbordados, y en su caso, la capacidad para conciliar contradicciones, o al menos para ser algo y, *con la misma intensidad*, su opuesto, caracterizó gran parte de su vida. Novelista entre poetas, enfermo entre los sanos, homosexual entre surrealistas, bisexual entre homosexuales, comunista entre aristócratas... Todo esto y mucho más, claro, ya que poseía una capacidad de amor demasiado grande para limitarse a un único camino.

Pero en el principio fue la madre. Ella «era de aquellas que respetan la tradición: enfundan los sillones y su aburrimiento, desprecian a las mujeres bonitas y a los hombres alegres, detestan las joyas, las aves del paraíso y los encajes». Una mujer mezquina y autoritaria que según su hijo: «era la personificación de la llamada alta

burguesía»,* y que convirtió la vida familiar en un infierno. La expresión no es gratuita: cuando el padre se suicide, obligará al adolescente Crevel, que por entonces tiene catorce años, a contemplar la imagen del cuerpo girando al final de una cuerda atada a una viga. Para que aprenda. Para que saque una lección moral. El rechazo brutal que el joven experimentará desde ese momento hacia ella —y del que numerosas páginas de *La muerte difícil* dan sobrada cuenta— marcará a fuego su visión del mundo. Pues la herida será tan profunda que se convertirá en abismo:

Sé lo que me pasa, no padezco un clásico complejo de Edipo, sino un simplejo de anti-Edipo [...]. Nunca he deseado a mi madre. Lo único que hice fue levantarle la falda a una criada, en el campo, cuando yo tenía cuatro años. Pero desgraciado el hombre que no haya querido acostarse con su madre. Los que padecen el complejo de Edipo no son enfermos, puesto que representan la casi totalidad.**

Cuarenta y tres años antes de que Deleuze y Guattari caractericen a la sociedad capitalista como anclada en el complejo de Edipo y por tanto irremediabilmente abocada a la esquizofrenia, Crevel experimenta en su vida las presiones que una determinada organización social aplica sobre su cuerpo para destruir su deseo de amor y libertad. Él ha descubierto pronto que nunca formará

* Tanto esta cita como la anterior están extraídas del párrafo inicial de: René Crevel: *Desvíos*, El nadir ediciones, Valencia, 2008, pág. 11. [*A partir de este punto, todas las notas son del traductor.*]

** René Crevel: *¿Estáis locos?*, Cabaret Voltaire, Madrid, 2007, pág. 133.

La
muerte
difícil



I. Una cosa lleva a la otra

Las señoras Dumont-Dufour y Blok hablan de sus desgracias. Es decir, de sus maridos. La señora Dumont-Dufour, que de haber nacido hombre habría sido jurista como su padre el presidente Dufour, abandona de golpe la enumeración de los agravios personales para lanzarse sin medias tintas —y en su caso está justificado— a una requisitoria de alcance social contra las propias leyes.

... Sí, las leyes, porque es tal la estupidez y la parcialidad del código penal que el señor Dumont ha podido montar un escándalo siempre que ha querido, y a día de hoy su mujer no tiene siquiera el derecho al divorcio.

A falta de cielo, sus ojos toman el techo por testigo. Las manos dan lo mejor de sí y la señora Blok piensa que la señora Dumont-Dufour no desentonaría en algún gran salón decorado con cincuenta lámparas, setenta y cinco pianos de cola y una infinidad de girándolas. Pero ningún salón, por muy grande que sea, puede contener su pensamiento. La señora Dumont-Dufour evoca todo un país, un continente: su territorio de los recuerdos. El territorio de los recuerdos. Un mar bajo cuya superficie se vislumbra una ciudad sumergida, ya que, querida señora Blok, las ilusiones de la señora Dumont-Dufour han ido

a parar al fondo del agua, bien al fondo. ¿Qué le queda aquí abajo, ahora mismo? Los remordimientos, el recuerdo de gestos sin alegría. En cuanto al futuro, no quiere ni pensar en ello. Si fuera una de esas locas que se dejan llevar por la imaginación podría pasarse el día urdiendo revanchas imaginarias. ¡Ay! La señora Dumont-Dufour, que ama la pompa y no se deja intimidar más que por las altas montañas, las cartas de visita llenas de títulos, los ataúdes con penachos y las bodas con candelabros resplandecientes, lirios sin polen y familias vestidas de punta en blanco; y que prefiere la majestad de las plumas de avestruz al color de los pájaros del paraíso; no solo no ha visto cumplidas sus altas aspiraciones, sino que aún debe privarse de la esperanza de satisfacer sus nobles gustos. Si hubiera justicia en la tierra, aquí abajo, ahora, en el otoño de su vida, sería la propietaria de un territorio de los recuerdos tan apacible y noble como el Versalles de la Maintenon.* En lugar de eso, y a pesar de conservar el suficiente orgullo como para no desdeñar la exaltante humildad y afirmar sin rodeos que los hombres son polvo y nada mas que polvo, pero avergonzada por un pasado tan poco brillante, debe soportar la tortura de no poder ofrecer todos los detalles que la señora Blok requiere. Su pasado, el territorio de los recuerdos, no es más que un vulgar trastero, donde ni siquiera le está permitido relegar definitivamente los lamentables accesorios de su vida conyugal, ya que es un hecho que el divorcio le está prohibido.

¿La señora Blok sabe por qué?

* Françoise d'Aubigné, Madame de Maintenon, (1635-1719), amante y su segunda esposa del rey Luis XIV de Francia en matrimoniomorganático y secreto.

La señora Blok no sabe por qué, le encantaría saberlo pero teme parecer indiscreta.

¿Indiscreta?

Una buena soberana no es escrupulosa.

¿Indiscreta?

¿Acaso no habían acordado decírsele todo, no tener secretos? Y puesto que ambas han sufrido, por qué mantener alejados de sus confianzas a los hombres, esos verdugos. Son dos mujeres en un salón de Auteuil, dos hermanas en la desgracia.

Hermanas en la desgracia. He ahí la expresión. Por supuesto, fue la señora Dumont quien la encontró. Y está igual de orgullosa de ella que de sus platos de cobre marroquí y de sus vasos de China. Hermanas en la desgracia. La expresión hará fortuna. La señora Dumont-Dufour la ha tomado como estandarte y sabe que va a sacar de ella efectos más sorprendentes que Lamartine de la tricolor. La señora Dumont-Dufour posee una égida, un signo de unión. Por lo demás, si bien es cierto que se parece un poco a Lamartine en su ventana del Hôtel de Ville,* la señora Blok, que conoce bien la historia de Francia, y teniendo en cuenta ciertas cualidades suyas más raras que la elocuencia, la encuentra mas parecida a Enrique IV. No hay penacho blanco, pero todo se andará. Piénsenlo, hermanas en la desgracia.

Un silencio. Dos cuerpos inmóviles parecen vacíos. La propia señora Dumont-Dufour toma conciencia del infinito a través de ese vacío, y piensa que le han absorbido el alma con uno de esos aparatos para limpiar las alfombras.

* Alusión al cuadro: *Lamartine delante del Hôtel de Ville de París le 25 febrero de 1848 rechaza la bandera roja*, de Félix Philippoteaux.